

regeneracionistas que desmitifican la versión oficial de los hechos. La autora repasa el tratamiento de lo medieval entre los autores del 98.

La conclusión de Rebeca Sanmartín es que, aunque sea cierto que el Realismo desvió la mirada del Medieval, en realidad la influencia medieval siguió estando presente, pero adaptada a las nuevas corrientes estéticas y científicas: no perdió su vinculación con la política, pues tanto liberales como conservadores la utilizan para sus fines; se dejó influir especialmente por el feminismo, el socialismo y el nacionalismo, olvidada ya la pretensión de estudiar la Edad Media tal como fue (el positivismo constata la dificultad de esa utopía); influyó fuertemente en la recuperación de la metafísica y la espiritualidad; y un último dato objetivo: al público le siguió gustando lo medieval, a pesar de la predilección por lo contemporáneo de muchos autores. Todo esto demuestra que el medievalismo del siglo XIX tiene tanto que ver con el interés por la Edad Media como por las preocupaciones propias de ese siglo.

M<sup>a</sup> Auxiliadora Barrios Rodríguez  
Universidad Complutense de Madrid

Francisco López Estrada, *Libro de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, Laberinto (Arcadia de las Letras, 9), 2003, 156 páginas.

La colección de volúmenes dedicados al estudio de la literatura española, *Arcadia de las Letras*, de la editorial *Laberinto*, nos ilustra con una nueva entrega a cargo del profesor Francisco López Estrada, reconocido erudito de las letras hispánicas. Sus trabajos anteriores, versados sobre distintas épocas de la historia literaria tanto de la Edad Media como de los Siglos de Oro y de la era moderna, han sido difundidos en el ámbito de la crítica literaria internacional. Su brillante trayectoria como crítico e investigador está unánimemente reconocida, así lo evidencian los títulos que le han sido otorgados a lo largo de su dilatada carrera, entre los que se encuentran los de Comendador de la Orden del Mérito de Italia, Oficial de las Palmas Académicas de Francia, miembro de la Hispanic Society of America, Académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y correspondiente de la Real Academia Española. Su labor docente como catedrático ha sido desempeñada en diferentes Universidades como las de La Laguna, Sevilla o la Complutense de Madrid, de la que hoy es profesor emérito. Su extenso currículum, tan ilustre

como inabarcable, avala la aparición de este nuevo trabajo inscrito en el contexto de la Edad Media. De este modo, confecciona una obra de síntesis que pretende ser una guía orientadora de los principales relatos de viajes comprendidos entre los inicios de la España medieval y los albores del Humanismo renacentista.

López Estrada, que ya demostró su vasto conocimiento sobre esta materia con la edición crítica de la *Embajada a Tamorlán* y los prólogos, entre otros, de las *Andanças* de Pero Tafur y de los viajes de Nasir-i Jusraw y de Ibn Chubayr para Círculo de Lectores, reúne en esta obra los ejemplos más representativos de la literatura viajera medieval.

Para ello aborda en primer lugar cuestiones de teoría literaria relacionadas con los libros de viajes, coincidiendo con la crítica contemporánea en la existencia innegable de un género narrativo marcado por la heterogeneidad y la ambivalencia de los ejemplares que lo conforman.

La primera parte del estudio está dedicada a aquellos desplazamientos impulsados por imperativos religiosos. Así, se recoge el caso de los *rihla* árabes, relatos de peregrinaciones a la Meca en pleno auge de la expansión islámica. De modo similar, ocupan un lugar fundamental aquellos viajeros de religión judaica que emprenden su peregrinar hacia Oriente Próximo y los Santos Lugares, como ocurre con el judío hispánico Benjamín de Tudela y la célebre transmisión de su viaje.

El cristianismo, por su parte, participa también de lo que el autor denomina “la religión viajera”. Movidos por estímulos personales o animados por sus órdenes clericales, los peregrinos dirigen sus pasos hacia tres destinos diferentes: Tierra Santa, donde los cruzados libran continuos enfrentamientos; Roma, cabeza del Pontificado y Santiago de Compostela, ruta cultural europea sin parangón.

Especial atención requiere el estudio de los libros de viajes de carácter civil, cuyo ilustre precedente es el *Millione* de Marco Polo, considerada la obra más representativa del género en la Europa medieval. Será este mercader veneciano el que allane el camino para los futuros viajeros e impulse la relación de sus experiencias.

El éxito de estas narraciones es tal que pronto surgirán libros de viajes ficticios elaborados por autores cultos a partir de noticias recogidas de periplos verídicamente realizados y de material fabuloso legado por sus antecesores. Es el ejemplo de dos obras de excepcional repercusión en la época: *El libro del conocimiento* (h. 1390) y el *Libro de las maravillas del mundo* (h. 1357). El primero, producción hispánica de autor ignoto, se difundió entre

las altas esferas como obra de consulta enciclopédica; a través de un itinerario ficticio, se proporciona un amplio repertorio heráldico y geográfico del mundo medieval provisto de una seductora dosis de *mirabilia*. No obstante, será el *Libro de las maravillas del mundo*, atribuido a John de Mandeville, el que goce de mayor difusión en el entorno europeo, llegando a extremos similares al de los *Viajes* de Polo. Mandeville conjuga la exposición de su pretendido desplazamiento a Tierra Santa y a la India con una suerte de sucesos prodigiosos recogidos en escritos anteriores que consiguen cautivar al lector del momento.

El autor dedica el capítulo más extenso de su trabajo a la *Embajada a Tamorlán*, del que es buen conocedor, libro de viajes verídico tradicionalmente atribuido a Ruy González de Clavijo, uno de los embajadores enviados por Enrique III de Castilla a la corte del Gran Tamorlán de Persia en 1403. No obstante, el propio López Estrada ha puesto en duda esta autoría en reveladores artículos en los que afirma que una obra de semejante complejidad no puede ser atribuida a un único escritor. Este libro, inscrito en un contexto político en el que las relaciones diplomáticas florecían entre Europa y Oriente, supone, a su juicio, la muestra más significativa del género en España. Los viajeros emprenden la marcha hacia Samarcanda, dando cuenta precisa del territorio recorrido y de la secuencia cronológica, siendo ésta una de las narraciones más veraces y fructíferas en cuanto a información cultural y geográfica del Asia Central.

Tres décadas más tarde, un comerciante cordobés, Pero Tafur, emprende por iniciativa propia, con disposición curiosa y aventurera, cuatro viajes realizados entre 1436 y 1439, recorriendo diversas partes de Europa y Tierra Santa. Como ya sucedía en el caso anterior, las *Andanças* del andaluz aportan datos muy interesantes sobre la situación social y económica de la Europa prerrenacentista. Ciudades y centros neurálgicos de distintos países son descritos con minuciosidad relegando la maravilla a un segundo plano.

El profesor López Estrada añade como muestra significativa de viaje novelado *El Victorial*, escrito panegírico de la vida de don Pero Niño elaborado por su servidor Gutierre Díaz de Games, donde se narran las estadias del noble por diversas cortes europeas. A nuestro juicio, ésta sería la única obra que podría suscitar controversias a la hora de incorporarse en el corpus de literatura viajera, puesto que, actualmente, estudios críticos como los de Rafael Beltrán, definen *El Victorial* como una biografía caballeresca que incorpora el viaje como elemento subordinado a las experiencias vividas por el hidalgo, sin llegar a ser un factor que articule la narración ni constituirse como fin último del relato.

Por otra parte, el estudio continúa a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo, que supone la culminación de un siglo colmado de nuevas exploraciones y prácticas viajeras. Es el caso de *La Tribagia*, obra descriptiva en verso que detalla el periplo efectivo realizado por Juan del Encina a Tierra Santa cuando contaba la edad de setenta años. Mas tampoco ahora los documentos inscritos en la causa viajera se corresponderán por entero con viajes reales. La imaginación continuará ocupando un lugar privilegiado en el seno de esta literatura, así lo confirman ejemplos reveladores como el del *Libro del Infante don Pedro de Portugal*, atribuido a Gómez de Santisteban, obra en la que el universo de la maravilla acapara enteramente la narración.

En el último capítulo del libro, de acuerdo con las directrices de la colección, se realiza una breve valoración acerca de la trayectoria crítica de los libros de viajes, desde que el célebre geógrafo Lasso de la Vega pronunciara en 1882 su conferencia ante la Sociedad Geográfica de Madrid, hasta la actualidad.

El profesor López Estrada logra conformar una obra de consulta básica para todos aquellos que decidan aproximarse al mundo de la literatura de viajes, proporcionando bibliografía indispensable sobre la materia. Asimismo, enriquece su estudio con abundantes fragmentos de las producciones más representativas del género, deteniéndose principalmente en aquellas que han marcado, en la historia del hombre y de la literatura, el curso de las grandes exploraciones. Los viajeros medievales inauguran el camino del conocimiento, el paso de una sociedad constreñida por estructuras excesivamente rígidas a la diversidad de las naciones. Sus impresiones nos proporcionan perspectivas novedosas que disipan gran parte de las míticas creencias que se tenían acerca de Oriente y sus temibles habitantes.

Ana Belén Chimeno del Campo  
Universidad de Vigo

Francesc Massip Bonet, *La monarquía en escena. Teatro, fiesta y espectáculo del poder en los reinos ibéricos: de Jaume El Conquistador al Príncipe Carlos de Gante*, Madrid, Consejería de las Artes, 2003, 391 págs.

Después del brillante ensayo sobre las máquinas de vuelo en el espectáculo de tradición medieval, *La ilusión de Ícaro: Un desafío a los dioses* (1997), la publicación de *La monarquía en escena. Teatro, fiesta y espectáculo del*